

LA RESPUESTA

La llamada podía producirse en cualquier momento de aquella noche y todo dependía de su decisión, de un simple monosílabo, de un “sí” que pondría en marcha todo el operativo para las diez de la mañana del día siguiente, en el conocido despacho del ilustre notario. Se lo repetía con obstinación tratando de justificarse ante su pasado; era una sencilla afirmación. Pero le venían a la memoria en oleadas, los fervorosos gritos de júbilo, los abrazos de entrañables compañeros que le habían secundado en los momentos difíciles, las ilusiones congeladas durante tanto tiempo que por fin se habían hecho realidad. Y aquella determinación con la que creía podría mover montañas, cambiar el mundo, se le fue apagando con el tiempo en un rescoldo de cenizas. No conseguía determinar con precisión cuándo empezaron sus dudas, sus vacilaciones: ¿era el desencanto? Tal vez, pensaba, sería la experiencia que dan los años, la certeza de que en realidad, se pueden cambiar pocas cosas y siempre con un gran esfuerzo y pobres resultados. Pero le volvían los recuerdos felices, los momentos sublimes, y la afirmación se convertía en un rotundo “no” que le dejaba tranquilo, en paz consigo mismo. Entonces, recapitulaba toda su vida de entrega y dedicación sin un respiro, renunciando a las cosas sencillas que dan la felicidad, a la relajada tertulia con los amigos, al cine de las tardes de domingo, al más elemental entretenimiento. Una profesión tan absorbente que le anulaba como persona y le ponía al servicio de la causa las veinticuatro horas del día sin reposo ni tregua. Y al final de todos aquellos años, ¿qué tenía? Su respuesta le dejaba sin argumentos. Y ahora, para mayor abundamiento, tirado como un trasto inservible, a sus cincuenta y cinco años, sin oficio ni beneficio, con unos magros ahorros que no le permitirían sobrevivir ni un año completo. En este punto, el “sí” resurgía con fuerza casi como una venganza, como el desquite necesario que le compensara de tantas horas extras impagadas, de tantos sinsabores nunca reconocidos.

Las últimas estrofas de “Utopía” se desvanecían en sordina por la habitación: *¡Ay! Utopía / que alumbras los candiles / del nuevo día.* La voz de

Joan Manuel Serrat cesó y el microsurco siguió girando con el leve respunteo de la aguja sobre las últimas estrías. Se levantó con desgana, agarró con el índice y el pulgar el cabezal y lo depositó sobre la horquilla. Conservaba sus viejos discos de vinilo, las fotos de grupo en blanco y negro, los borradores de los programas redactados por su propia mano, los carteles de las sucesivas campañas; como fetiches de un tiempo irrecuperable que se le escapaba como agua entre los dedos. Era esa utopía inalcanzable, ese sueño de juventud cada vez más lejano, esa sensación de haber perseguido un imposible. “El poder, el verdadero poder, lo tienen ellos”, se dijo en un susurro.

Se derrumbó de nuevo sobre el asiento. Era un monosílabo pronunciado a través del hilo telefónico, una firma en un papel, una mano levantada, unos meses de reclusión y silencio y, luego... no sabía que vendría luego.

La cifra mareaba hasta en euros. Nunca pensó que se fijaran en él, pero el anuncio de su retirada les decidió a probar fortuna. Sintió la mano sobre el hombro y las palabras pronunciadas en tono afectuoso: “¡Así te lo agradecen!”. Su instinto le decía que detrás de la conmiseración del oponente se esconde siempre una trampa, pero se sintió comprendido, casi alagado. Ninguno de los suyos se le acercó con una palabra amable. El cerco se fue cerrando hasta que comprendió que su silencio estaba dando pie a que le formularan la pregunta. Siguieron circunloquios de tanteo: “Total, para lo que te queda en el convento”. La oferta la presentía colgada de aquellas insinuaciones sin que las palabras llegaran a concretarse. Fue casi un susurro: “Si tú quisieras, no tendrías que preocuparte más por el futuro”. El guante estaba lanzado. Sabía de aquellos enredos, pero una sensación de levedad, como si flotara, se le agarró en la boca del estómago y se le aflojaron las piernas. Se dijo para sí que les seguiría la corriente por curiosidad, para saber hasta donde eran capaces de llegar, y les dejó creer que aceptaba.

La cita fue en El Gallo Rojo. Le esperaban sentados a la mesa de un reservado discreto. A los dos acompañantes de su embaucador no les conocía. Se presentaron como apoderados de una empresa, una sociedad que avalaba la operación y garantizaba la entrega. Cuando escuchó la cifra

él, que siempre había creído que no tenía precio, supo que acababan de ponérselo. Ni en cincuenta años de trabajo llegaría nunca a reunir esa cantidad. No abrió la boca, sólo un leve signo con la cabeza que parecía ser una afirmación. Pero querían un sí claro y definitivo. Pidió tiempo para meditarlo.

El plazo vencía aquella noche. Rebuscó con ahínco en su cabeza una salida honrosa, algún amigo que le ofreciera un empleo de supervivencia para llegar con dignidad hasta los sesenta y solicitar una pensión. Repasó la lista completa de los posibles candidatos: nada. Su estricto sentido de la legalidad le había ido alejando de unos y de otros, de todos los que habían llamado a su puerta en demanda de algún privilegio, canonjía o favor. El pueblo entero había progresado. Los modestos artesanos terminaron montando sus industrias, los pequeños comerciantes prosperaron, los profesionales que a duras penas llegaban entonces a fin de mes, tenían ahora respetables despachos. Todo a su alrededor adquirió lustre. Sólo él se quedó rezagado. Del minúsculo despacho de abogado laboralista que inició en los bajos de su casa, cuando la Transición, le quedaba el sillón desvencijado y una estantería de legajos, el Aranzadi, los convenios colectivos de los años setenta, el Estatuto de los Trabajadores... poco más tenía. Lanzarse a la aventura de reabrir su bufete, ante unos competidores que le despedazarían sin piedad a las primeras de cambio, se le antojaba una misión poco menos que imposible. “¡Abogado de pleitos pobres!”, esa era su única salida. Conocía con precisión como se hacían ahora los clientes, como se remataban los negocios, quienes se llevaban la gran parte de la tarta y, también, la renuncia implícita a cualquier código ético o deontológico para poder prosperar. Era lo mismo que ese “sí” que tenía que dar sin remisión esa misma noche, se diferenciaba muy poco. El dinero estaba en el mismo lugar y, acceder a él, suponía tirar por la borda los principios: no existía prácticamente diferencia.

En el limbo de santidad en el que se refugió durante aquellos años, agarrado a la ética más estricta, sin querer ver que el mundo cambiaba a pasos de gigante, no quedaba ya nada por lo que seguir luchando. De hecho, se lo negaban, le retiraban de la primera línea con el sólo argumento, la palabra mágica, el nuevo talismán: renovación. Nadie le preguntó de qué

viviría. Los que esperaban como perros en celo abrir brecha en la lista, no se formulaban esas preguntas. Otros, a los que se les había encallecido el alma ya sin remedio, seguramente pensaban que tendría el riñón bien cubierto. Tuvo que pararle los pies a más de uno: tampoco estos se lo perdonaban.

Era un perdedor. A pesar de todos sus triunfos indiscutibles de aquellos años, se sentía un fracasado. Sus mejores sueños se habían ya esfumado ante el contraste con la dura realidad, del pragmatismo necesario, de los rodeos tácticos para llegar al objetivo. Palabras de consuelo. Pero conservaba un leve rescoldo de utopía debajo de aquellas cenizas que se acumularon sobre sus más queridos proyectos.

Se levantó sonámbulo hasta la estantería de los libros y alargó la mano. El cartoné rojo de las pastas estaba recubierto por una cartulina de un verde intenso. Fue un impulso instintivo. Buscó con los dedos hasta llegar a la página final. Después, leyó en voz alta:

“Examinó el aposento con la clarividencia de sus vísperas, y por primera vez vio la verdad: la última cama prestada, el tocador de lástima cuyo turbio espejo de paciencia no lo volvería a repetir, el aguamanil de porcelana descarchada con el agua y la toalla y el jabón para otras manos, la prisa sin corazón del reloj octogonal desbocado hacia la cita ineluctable del 17 de diciembre a la una y siete minutos de su tarde final¹.”

Lo devolvió al estante sin repasar los párrafos de inicio, no lo necesitaba, pues se veía con los ojos de la imaginación flotando en aquella bañera de aguas depurativas, ajeno a todo, sin que nada le agraviara o le perturbara, en un sueño eterno de inconsciencia y paz definitiva.

Creyó por un momento que el destino le enfrentaba a la misma fecha que recordaba con claridad, pero era una falla de la memoria, le separaban sólo unos días. Su laberinto no coincidía con el del general por una diferencia de cuatro fechas. Pero siguió pensando en la placidez del agua tibia de la bañera.

Todo lo había entregado sin reservas. Su matrimonio, sacrificado también, se le fue muriendo en tardes interminables de espera, de ausencias sucesivas, carente del alimento necesario de supervivencia. Quedaron como

¹ García Márquez, Gabriel. “El general en su laberinto”.

amigos, pero no pudo reprimir un vahído de libertad, aligerado del peso de las continuas justificaciones a que le obligaban sus retrasos, alejado de los reproches contra los que ya no se defendía. Ahora le pesaba como una losa la soledad de las cuatro paredes de un cuarto sin más compañía que su música y los libros. No recordaba con claridad la última obra de teatro a la que asistió, ni la sala de cine en que contemplara el visionado de una película completa. Las de la pequeña pantalla no eran lo mismo. Hasta la música y los libros se le habían quedado congelados en colecciones antiguas de bolsillo y sus vinilos de los años setenta. Lo fue entregando todo a ese “amor” absorbente que le había vaciado por dentro hasta la posesión absoluta, en una entrega sin reservas. Y ahora, ante la encrucijada de una respuesta que amenazaba con tirar por tierra, hacer tabla rasa, de todo aquel pasado que llegó a ensalzar como la obra de toda una vida, pero que cuando lo miraba de cerca se le convertía en un montón de ruinas, se sentía vacío. El inventario no podía ser más desolador. En este punto, su “sí” era solamente un desquite siniestro.

No le quedaban fuerzas para luchar, sobreponerse a la adversidad de los acontecimientos, sacar energías de un coraje que no se encontraba y terminó desplegando la carta con el anuncio fatal: ¡Todo se confabulaba! En otro momento se hubiera rebelado. El diagnóstico era definitivo, la biopsia lo refrendaba sin un átomo de dudas. Las palabras consoladoras del joven médico de oncología le sonaron a rutina, a esos porcentajes siempre aleatorios en los que fatalmente terminamos entrando. Es sólo cuestión de tiempo, de nada sirve ir sorteando las estadísticas, hay una esperándonos al final de la vida: la que lleva nuestro nombre impreso.

Se fue con paso inseguro, casi arrastrando los pies hasta el grifo de la bañera y lo abrió de par en par. El agua empezó a remansarse junto al agujero del desagüe. Se despojó de la ropa y sintió un escalofrío que le erizó el vello de los antebrazos. Pero dobló con cuidado, casi con parsimonia, una a una sus prendas de vestir.

El teléfono sonó con cinco tonos sucesivos y saltó el contestador. Pasó un tiempo indefinido hasta que volvió a sonar sin respuesta. Y así, en cuatro intentos consecutivos en intervalos regulares, para enmudecer luego.

La resina del láudano quedó flotando en irisaciones veladas en la superficie del agua. En el fondo de la bañera, “como peces sorprendidos”, sus ojos abiertos se interrogaban sobre el sentido de la respuesta a la dura pregunta del precio de un hombre desnudo sumergido en su bañera, de su cotización en el mercado en el que todo se compra y se vende. Su último pensamiento giró en torno a la cantinela infantil del colegio, al recitado de memoria del principio de Arquímedes, del por qué unos cuerpos flotan y otros se hunden sin remedio. Escuchó vagamente el sonido de un teléfono que le urgía una contestación inmediata, pero ya no tuvo fuerzas para levantarse y pronunciar ese “no” sin paliativos que era su definitiva respuesta.